



El todo

VPN



Siempre me gustó desarmar cosas, saber qué tenían adentro, parte de su historia, hasta poder de retirar ese último tornillo.

Era un niño de acaso diez años, pero aún recuerdo aquel equipo viejo, una mezcla de televisión con radio, que llegó a mi casa por razón desconocida. No prendía pantalla, sonaba a veces, pero lo más importante: tenía un algo, que podría llamar alma, espíritu o esa sensación de completitud que poseen ciertas cosas.

Esa reliquia con semblante de algo duradero que podía hacer milagros. Llevar voz e imágenes a cualquier lugar que, tuviera ese otro milagro que llamaban electricidad. Para ese entonces, imagino que la electricidad era más que felicidad. ¿Cuántas historias y vidas tocadas por su existencia?

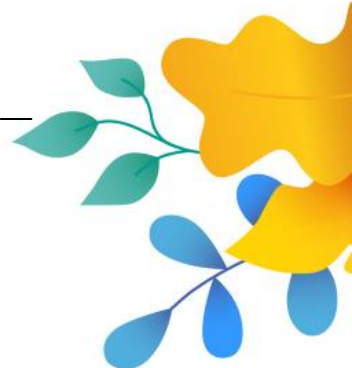
En el pueblo casi nunca había electricidad, a nadie parecía interesarle.

Pese a la inclemencia del tiempo, quedaban los vestigios imponentes de lo que alguna vez fue cúspide tecnológica de época: mucho polvo y una malla roída.

El ímpetu de ese algo me esperaba. Me apresuré a tomar mi destornillador máspreciado: un cuchillo viejo, sin filo y con la punta partida.

Al retirar la tapa, un olor a recuerdos se esparcía, ese aroma que encuentras en las cosas queridas. Poco a poco salieron la placa, tubos de vacío, cables, parlantes y el polvo, sus secretos.





Mientras tanto, me preguntaba si así seríamos los humanos por dentro. —
Suma de partes o quizá el recuerdo, algo más valioso— **El todo.**

Miré fijamente cada pieza, intentando entender su significado, las puse
luego en el piso de concreto frío, alrededor de donde estaba sentado.

Treinta minutos después, solo quedaba el cascarón de lo que fue. Las
partes de aquella proeza de su tiempo. Solo había silencio. Allí estaba todo
y, a la vez, no había nada.

Años más tarde, recordé esa historia y la particular sensación. Tenía no más
de veinticinco y ya era profesional:

En el lugar tampoco había electricidad, y era la primera vez que hacía una
necropsia solo. En ese pueblo era común ver muertos, a nadie parecía
interesarle.

Tomé la herramienta más valiosa de la sala: un cuchillo viejo que usaba el
sepulturero. No recuerdo si también tenía la punta partida.

Miré el mesón de concreto frío. Yacía un cuerpo que llevaba tres días
esperando un médico para contarle sus secretos.

Solo había silencio. Allí estaba todo y, a la vez, no había nada.